



Cuando abrió la puerta de la habitación del hotel, el mar se le apareció al viajero como un telón de color verde esmeralda que ocupaba toda la cristalera de enfrente. Parecía que, en vez de extenderse, inmenso y horizontal, hasta perderse de vista, se hubiera incorporado y sólo empezase a volver a su posición una vez que el viajero dejó en el suelo la maleta y avanzó hacia la terraza deslumbrado por aquel estallido imprevisto de color.

Desde allí, contempló el cielo radiante, el volumen de la isla con sus acantilados de piedra desplomándose en vertical, el agua transparente y quieta, la cenefa blanca de la espuma que hacían las olas al romperse, las doradas arenas de la playa, por la que se movían, aquí y allá, siluetas aisladas y, justo al pie de la terraza, muchos metros más abajo, la multitud que recorría el espacio del paseo marítimo, dejándose acariciar por el sol de un mediodía de enero, que contrastaba con el temporal de nieve y lluvia que azotaba en aquellos instantes las cuatro quintas partes de la península y que habían acompañado al viajero durante la mayor parte del trayecto que acababa de concluir.

Apoyado en la barandilla de la terraza, se sintió como uno de esos animales que anidan en los alvéolos de los acantilados, aunque éste fuera un acantilado de vidrio y cemento que proseguía, sin aparente solución de continuidad (por obra de la perspectiva), hacia su izquierda, hasta abrazar por completo la Playa de Levante, y que, hacia el oeste, más allá de las rocas sobre las que se asientan las casas del viejo Benidorm y las cúpulas azules de la iglesia, perfilaba el dibujo en óvalo de la Playa de Poniente. Muchos kilómetros más lejos, hacia el sur, aún seguía blanqueando la línea interminable de las edificaciones, que ocupaban buena parte del horizonte marino: las aglomeraciones de la Playa de San Juan y de la Albufereta; las de la ciudad de Alicante, reluciendo al pie de los áridos cerros que, en la distancia, adquirían tonalidades azules.

BENIDORM EN INVIERNO

DESDE EL ESTADO DEL BIENESTAR

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRBES

En invierno, el agua de las playas es transparente y quieta, la arena dorada y el sol cálido y acariciador, dotando a todo el paisaje de una innegable y cierta belleza.





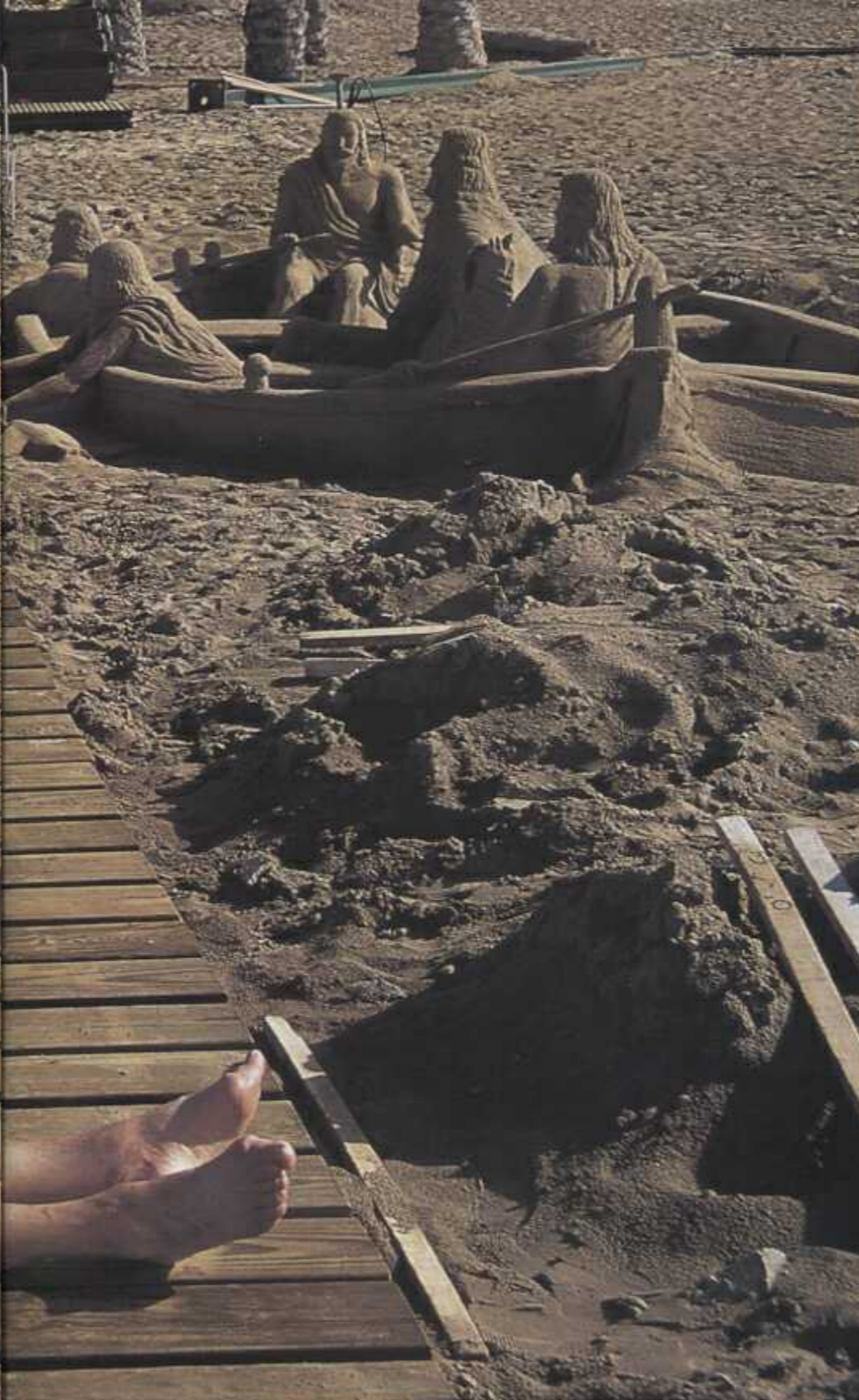
Inmensas moles de cristal,
hierro y hormigón
configuran hoy el paisaje
urbano de un Benidorm
que se alza en picado
hacia el cielo tan azul,
transparente y quieto
como el mar.



La perspectiva tenía una innegable belleza, por más que estuviera alejada de lo intacto, e incluso exhibiera sin pudor el mestizaje. La luz y la tersura del aire, la tibieza del sol y el verdiazul del mar se prolongaban en la desmesura de la colmena humana y daban pie para que el viajero reflexionase acerca de la etiología del hombre en la era postindustrial y de su renovada vocación de mamífero migratorio, hoy encauzada hacia una compulsiva búsqueda estacional de santuarios en los que se celebran cultos heliófilos, de espacios donde se veneran los rayos del sol como fuentes de vida un poco eterna.

Los templos erigidos a ese culto del capitalismo tardío eran todas aquellas edificaciones que se perdían de vista en la distancia, y sus fieles estaban allí abajo, sobre las baldosas del paseo marítimo. Habían llegado desde lejos: desde los húmedos bosques de Asturias y Cantabria; desde el invierno del País Vasco con su melancolía de chirimiri; desde las frías altiplanicies castellanas; desde las tierras negras del centro de Europa, las nieblas bálticas y los rigurosos hielos polares, para sumarse a la fiesta perpetua del sol.

La mayor parte de aquellos seres humanos imploraban el don de la salud y la lon-



gevidad. Amenazados por el desgaste de la enfermedad o del tiempo, caminaban descalzos y tozudos sobre la arena, se mojaban esperanzados y gozosos los pies en las aguas del mar, cogían de la mano a sus parejas y paseaban por las aceras, conducían motorizadas sillas de ruedas. Habían traspasado el umbral de lo que políticos y sociólogos llaman ahora la tercera edad, y se pagaban un viaje de regreso al tiempo ido, y bailaban en las pistas de las cafeterías canciones que también tendrían que haberse marchado (Volver, Las hojas muertas, Llorando en la capilla), bebían cerve-

Todo tipo de ejemplares humanos, de esa llamada tercera edad, venidos del frío y con un equipaje cargado de años de trabajo, recalaban en este rincón del Mediterráneo para su particular hibernación.



zas y combinados con y sin alcohol, o agua mineral, o zumos naturales o de bote, y todos ellos estaban envueltos, conservados por el celofán protector del sol, por la belleza de aquella luz que les quitaba el miedo de saber que había una sombra que les esperaba a la vuelta de la esquina.

Sin duda, falta por rodar el capítulo sobre Benidorm en esas series del National Geographic que narran los esfuerzos, la lucha por la supervivencia de las distintas especies del reino animal, su epopeya: las ballenas que cruzan en invierno ante las playas de La Jolla rumbo a la Baja California, los atunes que, durante el mes de mayo, enfilan el Estrecho de Gibraltar, las palomas que, en otoño, entran en la Península Ibérica por Etxalar y otros pasos pirenaicos y que vienen desde la remota Siberia, desde Escocia; el esforzado viaje que las angulas emprenden en algún lugar del Mar de los Sargazos y que las lleva hasta la desembocadura de ciertos ríos europeos; los jubilados y convalecientes que, cada invierno, anidan en Benidorm y ocupan alguna de las miríadas de celdillas de esas gigantescas y verticales colmenas construidas por el hombre. A través de sus acristaladas fachadas sorben una energía solar que las permite levantarse por la mañana, coger el ascensor, tenderse en la playa, bailar, escuchar música mientras hojean el periódico que llega cada día desde el frío, o quedarse quietos, con los ojos cerrados, sentados en un banco, o con la espalda apoyada en el tronco de una palmera y, desde esa quietud, mojarse con la lluvia benéfica del sol.





Ese capítulo de National Geographic tendría que contar cómo, en los meses de temporada baja, cientos de miles de ejemplares humanos de la tercera edad atraviesan el continente y recalcan en este rincón del Mediterráneo para su hibernación. La ciudad se convierte en un gigantesco taller en el que se reparan junto al mar las piezas gastadas o rotas de la gigantesca máquina del capitalismo europeo; un almacén en el que se recogen los fuelles reventados en las minas de Gales, los manteles desgastados en los bares de Amsterdam, los tornillos que se quebraron a martillazos en Clermont-Ferrant, los vidrios ópticos que estallaron bajo la triste luz de un flexo ante el escritorio de un almacén de Hamburgo, las telas azules que quemaron las chispas de un alto horno del Ruhr.

Uno ve todas esas piezas, los elementos del gran derribo del que (con un poco de suerte, y con permiso de la vida) pronto formará parte el propio viajero, y siente una emoción y solidaridad inigualables, por ellas, por las piezas rotas, y por el espacio que ha tenido la piedad de almacenarlas. El estado de ánimo resultante en el viajero es una mezcla de la sensación chirriante que le produce la contemplación de un artilugio de Duchamp, con la fascinación que han ejercido siempre en él las grandes aglomeraciones humanas, las excrecencias de vida que resbalan entre lo bello y lo monstruoso. Benidorm es una ciudad que (naturaleza aparte) exige de cierto rigor de la inteligencia para ser apreciada en su verdadera dimensión, o bien (en el otro extremo) de la inocente y entregada participación en alguna de las cofradías que cultivan esos ritos migratorios del sol.

Para entender su configuración, hay que haber mantenido alguna relación con la forma de mirar de ciertas cristalizaciones estrictamente contemporáneas: Singapur, Shanghai o Hong Kong mantienen guardadas las distancias rasgos comunes con este modelo de ciudad. Los muelles del río Huang-Po a la hora en que los habitantes de Shanghai buscan la brisa de la tarde. Los crepúsculos de Hong Kong, si uno los contempla desde Kooloon y ve los destellos del sol irisando la superficie de vidrio de los delicados rascacielos.

Es verdad que de la belleza del Benidorm que el viajero conoció (hace más de treinta años) sólo quedan el mar y la blancura de la playa y de los acantilados, y las palmeras y su cielo limpio, pero tampoco queda mucho de aquel muchacho que abrió los ojos para mirar las aguas cristalinas desde la rotonda del castillo y que vio escrito en la fachada de la estación del ferrocarril el nombre de un lugar que él pensaba que tenía que ser por fuerza fascinante porque era el de un festival de la canción del que los locutores hablaban con palabras grandilocuentes por la radio, mezclándolo con inevitables referencias al



En Benidorm todo es exactamente lo que aparenta ser, no hay engaño, ni doblez, ni falsos discursos ideológicos. Posiblemente esa sea su grandeza y también su éxito.

cielo, la luna y el mar que le servían como decorado.

Uno puede dedicarse a llorar su infancia perdida, como puede llorar la dulce modestia del Benidorm que se fue, pero eso no conduce a gran cosa. Resulta más instructivo descifrar qué dirección tomaron las pulsiones de aquel niño y qué reglas rigen el orden sutil de esta colmena humana, probablemente la única ciudad de ocio que vive intensamente durante el invierno mediterráneo; los comportamientos de ese hormiguero de cuerpos bronceados o nada más que enrojecidos. Qué les da la ciudad a esos casi cuatro millones de habitantes que

cada año se acercan a ella. Qué buscan ellos y de qué modo Benidorm se ha construido y destruido para dárselo.

La pequeña población de menos de tres mil habitantes alberga hoy a casi cincuenta mil vecinos estables que reciben, en los momentos más bajos del invierno, a cien mil visitantes, y a casi trescientos mil en los días punta de Semana Santa, y de finales de julio y agosto, cuando si uno tira un alfiler desde un helicóptero es muy probable que jamás llegue a tocar la arena de la playa. Benidorm cuenta con unos ciento cincuenta hoteles en funcionamiento (se construyen otros, uno de ellos de más de cincuenta plantas),

con doscientas mil plazas declaradas de apartamentos, y forma parte de un área metropolitana que mantiene a punto para los turistas ochocientos mil camas.

Mario Gaviria, sociólogo y urbanista, lleva muchos años estudiando este fenómeno llamado Benidorm. Piensa que es la puntilla que las multitudes cada vez más numerosas que acceden al Estado del Bienestar le dan a un concepto romántico del turismo implantado por las clases altas de los pueblos sajones, en busca de subdesarrollo, exotismo y servidumbre, un conjunto de valores inferiores que agruparon bajo el imaginario del "Sur". Buscaban obras de arte abandonadas y despreciadas por los pueblos bárbaros e incultos, viejos muebles y caserones, paisajes agrestes, rincones vírgenes tradiciones obsoletas y tipos humanos que retenían un pasado que ya los países ricos habían dejado atrás; esos eran los objetivos iniciales de un turismo de Baedeker y guías Michelin. Las guías les marcaban a los elegantes viajeros del norte los islotes civilizados en los que guarecerse, los albergues y hoteles en torno a cuya table d'hôtes se congregaban nada más que ellos.

Benidorm es exactamente lo contrario. Pese a los penachos de sus palmeras, a sus ritos solares, a sus playas de aguas verdes y a sus cielos azules, nada tiene que ver en su organización actual con el imaginario del sur. No hay reservas privilegiadas en las que ponerse a salvo: la ciudad es un continuo en el que todo tiene esa tranquilizadora uniformidad sin sobresaltos que las clases populares europeas identifican con una antesala del paraíso. Las callejas de la vieja población están ocupadas por pubs ingleses y holandeses, por bares gays, por tascas vascas en las que se sirven tapas y que componen una especie de fotocopia del Barrio Viejo de San Sebastián; por sidrerías asturianas, tabernas aragonesas, andaluzas o manchegas; y, sin solución de continuidad, la ciudad nueva se abre en calles y avenidas amplias, bordeadas de edificios verticales, y punteadas con pizzerías, hamburgueserías, galerías comerciales, chocolaterías, cervecerías, salones de té, y esa especie de sancta sanctorum del templo solar que son los bares en los que los jubilados de toda Europa bailan en pleno día y se enamoran o descubren o reinventan el sexo y la temura.

La uniformidad preside todos esos lugares, en los que un camarero, vecino de Benidorm por vocación y derecho, y que probablemente llegó de Jaén, Granada o Ciudad Real, hace veinte o veinticinco años, sirve café a alguien que ocupó el mismo puesto de camarero en un bar de la Rioja, Rotterdam o Norfolk. Taquerías mexicanas, restaurantes chinos, asadores castellanos, bares que, a modo de aperitivo, sirven los destellos de alguna antena parabólica a los clientes alemanes que gritan porque el Bayern acaba de meter un gol, a los británicos que contemplan con la respiración en suspenso el avance hacia la portería contraria

de un jugador del Manchester. No hay apenas locales marcados por las guías Michelin, pero está lleno de sitios de "coma cuanto quiera a mil cien pesetas" o "de menú a ochocientas".

Las clases dominantes europeas apartan la vista para no ver Benidorm, que exhibe todas las características que ellas incluyen en sus programas electorales. A las clases dominantes europeas seguramente no les gustan gran cosa sus electores. Benidorm significa llegar al final del viaje en compañía de alguien con quien poder comentar una jugada de fútbol retransmitida por un televisor de pantalla gigante y extraplana (¿no prometen eso los partidos en los programas?), alcohol y relaciones a buen precio (un tercio de cerveza con música en directo y baile en una terraza en primera línea de la playa vale ciento setenta y cinco pesetas, un gin-tónico doscientas cincuenta o trescientas), figuritas de Lladró, lámparas cuyo pie es una coloreada paloma o una pareja de falso alabastro que se abraza, figuritas de Lladró, helados de muchos pisos y de un montón de colores, anuncios de neón, locales abiertos hasta tarde al alcance de cualquier bolsillo, porque no penalizan económicamente la nocturnidad, tiendas donde venden bolsos, gorras y camisetas multicolores, figuritas de Lladró. La intrascendencia -ese lema de la postmodernidad- ocupa las calles de la ciudad, sus escaparates, sus lugares de encuentro. En Benidorm -y esa es, probablemente, una de las mayores razones de su atractivo para tanta gente- todo es modesto y exactamente lo que es, nada se adorna con un discurso ideológico que acreciente sus plusvalías, y la más pura intrascendencia se manifiesta con irreprochable impudor y se ofrece a unos precios fuera de competencia.

Casi, casi todo es fish and chips y casi, casi nada puede entrar en la guía del gourmet, que diría Gaviria, pero los locales están limpios, y si uno va fuera de temporada, el servicio es profesional y amable (el verano trae caos y, con él la barandilla de los temporeros). La playa está cuidada hasta la neurosis, con una voluntad semejante a la que guía la limpieza del salón de una maruja de Almodóvar. Y una habitación de hotel de cuatro estrellas, en primera línea de la playa y con vistas panorámicas al mar, le costó el pasado mes de enero al autor de este artículo cinco mil pesetas.

Benidorm no es el sur. Nada hay aquí de azaroso e improvisado. Se trata de una industria cuidadosamente levantada sobre las excelentes materias primas de paisaje y clima.

Largas exposiciones solares en una ciudad cuya privilegiada posición mirando a mediodía impide que las sombras de los altos edificios cubran la playa, temperaturas agradables en los peores días del invierno gracias a la protección de las sierras Aitana, Gelada, Serrelles y del Puig Campana. En los momentos de temporada baja, en Beni-



dorm es fácil que brille el sol y uno puede visitar galerías comerciales, tiendas y grandes superficies, ir al cine, leer por la mañana la prensa de su comunidad autónoma o de su lejano país, pasarse por la peluquería, comprar un best-seller en cualquier lengua, tomarse una tapa, jugar al bacarra o a la ruleta en el casino, ir a bailar, ver una carrera de caballos transmitida por la BBC. Razones de este tipo, expuestas en ése o en parecido orden, escuchó el viajero de los interlocutores a quienes se dirigía durante los días que permaneció en la ciudad. Y las largas enumeraciones que justificaban la estancia



Esta ciudad es un paraíso que prolonga, sin solución de continuidad una larga velada de noche de sábado, música y glamour al estilo Telecinco.



en Benidorm de toda aquella gente concluían más o menos con la misma pregunta: "¿Puede decirme usted en qué ciudad costera, ya no de España, de cualquier sitio del Mediterráneo, puede uno hacer todas esas cosas en invierno?"

Y el viajero fruncía el ceño, pensaba, y movía afirmativamente la cabeza, pero era para darles la razón: "En ninguna". Y, de paso, entendía que ése es el cálculo perverso que mueve una ciudad que se mueve porque no para de moverse, y consigue esa cosa tan difícil para un balneario que es permanecer en infatigable movimiento doce meses al año. Un cálculo que, aunque por la precisión con que funcionan sus mecanismos, parezca remitir a la más estricta lógica protestante, tiene bastante que ver con la industriosa voluntad de los valencianos.

El viajero habló con emigrantes que llevaban decenios viviendo en la ciudad, con jubilados que llegaron desde Cantabria para pasar quince días y se quedaron cuatro meses (de eso hace cinco años) y que ahora vuelven todos los inviernos; con matrimonios vascos, catalanes, castellanos; con una pareja procedente de cierta ciudad junto a Köln (que es como los alemanes llaman a Colonia) que lleva diez años volviendo al sol; con un señor al que le dieron la baja total en Madrid y se vino aquí hace un montón de tiempo; con otro que se fue de Valencia a Venezuela y al final decidió encalar en esta playa a la espera del anochecer. Y él todo era preguntarles por si no les molestaban los rascacielos, o por si la comida era suficientemente buena, o por las aglomeraciones de gente. Y todos ellos, sin entender demasiado a qué se refería, todo era responderle que sí, que "esto es cómodo, seguro, que se puede salir por la noche". Y todos ellos, concluyendo indefectiblemente, hasta con intransigencia: "Pero si es que esto es un paraíso, ¿no se da cuenta?" Y el viajero, dándose cada vez más cuenta, entendiendo que, para todos aquellos heridos del capitalismo tardío, Benidorm es un paraíso que prolonga sin solución de continuidad una larga velada de noche de sábado, música y glamour en Telecinco. O sea, el Estado del Bienestar que nos han prometido.

En Benidorm, por cinco mil pesetas al día en invierno, se puede contar con una buena habitación en primera línea de playa, servicio más que correcto y los valores añadidos de diversión y buena temperatura a todas horas.



CUÁNDO IR

Si uno quiere disfrutar de esta ciudad, y a no ser que sus afanes sociológicos rocen la perversión, debe evitar las aglomeraciones de Semana Santa y las que se producen durante los meses de agosto y septiembre. Son especialmente recomendables para visitar Benidorm octubre, noviembre, enero y febrero.

DÓNDE DORMIR

La ciudad cuenta con un centenar y medio de hoteles de todo tipo. En general cuentan con una buena relación calidad-precio. El Hotel Delfin, en la Playa de Poniente, en el rincón que se conoce como La Cala, y el Hotel Cimbel, en la playa de Levante, ofrecen magníficas vistas desde distintos puntos de la bahía. Cuentan con cuatro estrellas Selomar (en la playa, en el límite de la vieja población), Don Pancho y Costa Blanca.

DÓNDE COMER

Benidorm es una de las capitales del fast food y también de los pequeños restaurantes "regionales": asturianos, andaluces, vascos, o castellanos anuncian sus cocinas -no siempre convincentes- en letreros vistosos. En medio de ese laberinto en donde el exceso de oferta es, demasiadas veces, carencia, se producen además cambios de propiedad más o menos frecuentes (casos de l'Esclau o de Don Luis, que aparecen aún en las guías). Los más lujosos son Tiffany's e I Fratelli, ambos con cocina internacional, toques -en el segundo, sobre todo- italianos y algunos platos de despensa local de buena calidad. Reciben comidas de negocios. La Pérgola está colgada sobre el mar en el Rincón de Loix y La

Barca, en la carretera de Valencia, ofrece arroces en ambiente cuidado. También los arroces son protagonistas en El Niño y La Palmera, en la carretera de Alfás del Pi, donde se encuentra igualmente El Romeral, conocido por sus carnes. Dueme, en la parte vieja, y Toscana, trabaja las pastas, siguiendo la línea de I Fratelli. Aunque, en ese barrio viejo, lo que más abundan son los bares de tapas, muchos de ellos vascos, que abren sus puertas en la calle de Santo Domingo y adyacentes, y que se enorgullecen de ofrecer pinchos barrocos al estilo de Donosti. A la gente de Benidorm le gustan las tapas de La Rana. Entre las tabernas, Casa Enrique, en la playa de Levante, al pie del castillo, ofrece pescados y mariscos frescos de gran calidad. También Toni, en el ensanche del Rincón de Loix, en la calle Cuenca, ofrece buenas carnes y pescados en un decorado sencillo.

NOCHE

A derecha e izquierda de la calle Lepanto se abren pubs y lugares de baile, frecuentados en buena medida por británicos y que están muy animados hasta la madrugada. Pero es en la carretera de Valencia donde se encuentran las macrodiscotecas: KM, Pachá y Penélope son las más conocidas. En la Playa de Levante los más jóvenes frecuentan Harley, adonde llegan (a tono con el logotipo del local) montados en motos de altos manillares. Los autodestructivos acuden al Casino Costa Blanca, en la carretera de La Vila, donde juegan a la ruleta. Los amantes de lo curioso toman copas en L'Anouer, que anuncian con "música celestial" y está rodeado de una irreverente parafernalia mística y clerical.